

una novela de

valeria vegas

la mejor

actriz

de reparto



temas de hoy

VALERIA VEGAS
LA MEJOR ACTRIZ DE REPARTO

© Valeria Vegas, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Corrección de estilo a cargo de Cristina Baquerizo

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-9998-955-6

Depósito legal: B. 3.580-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO 1

Quizás si fuera daltónica me hubiera impresionado menos, pero ese color rojo, tan rojo, no lo había visto nunca antes. Salía a borbotones, paraba y volvía a salir, como si cada pulsación del corazón le estuviese marcando el ritmo. No tenía nada que ver con lo que había visto en las películas, era distinto. O tal vez se debía a que todos mis sentidos estaban puestos ahí, en el lugar del crimen.

La sangre era de un rojo oscuro que no me recordaba a cuando te haces una herida; parecía una sangre diferente, de la que viene de las entrañas. Oscura, muy oscura, casi granate incluso. Luego, al contacto del suelo, se tornaba más clara, como si se diluyese. Aquella estampa me hizo marearme; estaba al borde del desmayo. También por el olor, nunca había olido la sangre hasta ese momento. Nunca se me había pasado siquiera por la cabeza que tuviera olor. Se percibía dulce, pero no ese tipo de dulce que da ganas de comer, nada que abra el apetito. Si respirabas con profundidad, pasaba de ser

dulce a algo así como metalizado. No sabría decir cómo huele el metal, pero huele, eso sí que lo sé, porque mi hermano tiene un taller mecánico y hay olores que reconozco de manera inconsciente. Se quedan en tu mente y de pronto un día aparecen, como si repasaras una lección o te volvieres a encontrar con alguien después de mucho tiempo. Me tapé la nariz, pero era peor porque aumentaba mi mareo hasta el punto de llegar a tener náuseas. Ver todo aquello era, como mínimo, desagradable. Reconozco que no me invadió la tristeza, por lo menos en ese momento: simplemente me limité a coger aire, todo el aire que me faltaba, ante esa situación tan asfixiante.

Me levanté del suelo. Bueno, lo intenté. Y no pude. Imagino que del mareo, con la tensión tan baja me era imposible valerme por mí misma. Siempre la había tenido baja, pero aquella noche, en aquel momento, la debía tener muy por debajo de lo normal, rozando casi el desfallecimiento. Cuando noté que comenzaba a nublárseme la vista, cerré los ojos. Permanecí así, con los ojos cerrados, por lo menos cinco minutos, o quizás más. Se me hizo eterno. No veía nada, pero sentía todo el olor, ráfagas que iban y venían. Apreté los párpados con fuerza. Conté hasta veinte, luego hasta cincuenta y después hasta cien. Conseguí relajarme; no mucho, pero sí lo suficiente como para volver a intentar por segunda vez levantarme del suelo. Y, por fin, lo logré. Desde arriba se veía todo aún más espeluznante, como un cuadro gigante, tremendamente sórdido.

No sabría decir si soy de ese tipo de personas que se dejan llevar por su instinto; ni siquiera sabría definirme a mí misma. Pero lo cierto es que el impulso me hizo hacer lo que mejor se me daba: limpiar. No me planteé si era lo correcto o si estaba haciendo algo mal. En un momento así no puedes

pensar en nada, en nada más allá de lo que tienes delante, de lo que ha ocurrido. Luego me di cuenta de que sí, de que podría definirme con una palabra: torpe. Pero ya era tarde. Me equivoqué, y después ya era tarde.

Hice que el agua, la lejía, el detergente y el sulfumán se convirtiesen en mis aliados; fueron capaces de convertir tal espanto en un remanso de paz. Si hubiera reunido todas y cada una de las lágrimas que se me cayeron aquella noche, también me hubieran servido como elemento de limpieza. Lo único que no desentonó, que siguió formando parte de lo habitual, fue que lloré sola, sin que nadie me observase, sin que ninguna otra persona se diese cuenta. Estaba acostumbrada, porque estar sola, de algún modo, era mi estado natural para todo.

Hubo momentos en que hasta creí perder la noción del tiempo. La luz de la bombilla me despistaba; no sabía si seguía siendo de noche o si, por el contrario, ya era de día. Pero había amanecido, y antes de lo que me esperaba, porque en invierno siempre aparece el sol más temprano. Parecía como si lo hubiese hecho queriendo para terminar justo con la salida del primer rayo de luz, cruzándonos en el camino, dejando atrás la oscuridad de algo tan espantoso.

A lo mejor tendría que haber salido corriendo por la puerta, huir de manera descarada, librarme de todo aquello. Pero no iba con mi carácter. De siempre, desde pequeña, mi forma de ser me empujaba a hacer lo correcto, incluso dentro de lo malo. Tenía que asumir lo ocurrido, dejarlo todo bien, aunque no hubiese motivo alguno para estar orgullosa. Recordé aquella frase que mi madre decía en según qué ocasiones: «Las cosas que hacemos en vida son tan poco importantes que lo menos es hacerlas bien». Pero esta vez sí se trataba de algo importante. Lo más importante que me había ocurrido nunca.

Quise rezar, por mí y por todos. Pero no pude, no porque no me saliese, sino porque no me acordaba. Hacía tanto tiempo que no rezaba que no había ninguna oración que me saliese de carrerilla; a la tercera frase me quedaba en blanco o empezaba a repetir lo mismo, casi en un sinsentido. Seguramente fueran los nervios, porque creo que eso de rezar es algo que te lo meten tanto en la cabeza que te lo sabes de memoria, como las tablas de multiplicar. Aunque esta vez necesitaba decirlo de verdad, sintiéndolo, esperando incluso una resurrección o lo más parecido a volver atrás, como si nada hubiera ocurrido. Con ese efecto de rebobinar que tienen las cintas de vídeo: dejar el presente parado en el momento exacto para cambiar el rumbo de las cosas. Pero lo cierto era que hacía mucho tiempo que ese rumbo no se podía modificar, que no dependía solo de mí.

Hasta entonces nunca había meditado sobre el destino. Bueno, ni sobre el destino ni sobre muchísimas cosas más. Nunca había sido de esas personas que reflexionan en exceso o que se pasan la vida buscando los porqués. Asumía lo que se me presentaba sin necesidad de tener una explicación, pero aquella vez todo era demasiado difícil de asumir, casi imposible. Me faltaba valor y me sobraba miedo. Y, justamente, reflexionar sobre el destino fue la única idea que logró relajarme. Me resigné a pensar que todo aquello estaba escrito, que tenía que ocurrir tarde o temprano, de un modo u otro, que desde hacía meses se habían dado los elementos necesarios para que ocurriese, para que la balanza hiciese que el valor y el miedo se igualasen y que, por un momento, por un segundo, ganase la entereza. Porque si el destino no está escrito, no puedo entender cómo llegué a verme en una situación así.

CAPÍTULO 2

Siempre que llegaba al aeropuerto tenía la sensación de entrar en casa. Lo conocía perfectamente. Cada uno de sus recovecos, sus salidas de incendio, de emergencia, las puertas traseras, el departamento de aduanas e incluso el vestuario. Porque había un vestuario, al que muy poca gente accedía. Creo que hasta podía identificar todos esos enchufes que había desperdigados por los pasillos. Había cientos de ellos, pero eran como las puertas de emergencia, apenas se usaban. Bueno, las puertas sí, para salir a fumar. Cada dos horas y media nos dejaban un descanso, corto, pero suficiente como para poder contarnos nuestras cosas. Y en ese momento, de apenas diez minutos, nos desahogábamos entre calada y calada. A veces simplemente hablábamos de lo que habíamos visto la noche anterior en la televisión. Otras, de que se decía que dentro de unos meses iban a prohibir fumar en los aviones, algo que yo no me creía.

Todas éramos puntuales, pero Sagrario siempre llegaba la primera. Antes que nadie. Como su marido trabajaba en

Coslada, le venía de paso y la dejaba antes. La imaginaba recorriendo medio Madrid sin importarle los atascos, sabiendo que iba a llegar demasiado pronto y tendría que esperar con los brazos cruzados. Cualquier atasco, de hecho, le supondría un alivio, le haría ganar tiempo para no perderlo después. Una vez intentó que le pagaran de más por esos veinte minutos que llegaba con antelación. Le dijeron que no era posible, por los turnos rotativos. Y le dirían seguro la palabra «estipulado», que yo no comprendía bien pero que siempre usaban para hacerte ver que había muchas normas que no se podían cambiar. Al final, todo se quedaba como estaba.

Yo no quería llegar antes, pero sí me hubiera gustado que me llevaran en coche. Coger dos autobuses —dos para ir y dos para volver— me resultaba agotador.

Habían sido muchos años limpiando cada una de sus esquinas, pero aun así no tenía pena de marcharme. También es verdad que trabajar en un sitio como aquel resultaba muy agradecido. Estaba todo tan reluciente que a poco que hicieras ya lucía. Y además eran todo líneas rectas, que siempre ayuda. Solo tenías que coger la fregona y caminar hasta el final, sin que nada te entorpeciera. Sabía que aquello era mejor porque durante una temporada había estado trabajando en un tanatorio y ahí habían sido todo columnas y muros extraños. No entiendo por qué diseñan así un lugar que es para despedirse de los muertos. A lo mejor para que a los vivos todo les parezca más bonito mientras asimilan la pérdida de esa persona. Cuando murió mi padre estuvimos muchas horas en el tanatorio, esperando a que llegasen los del pueblo, y no recuerdo haberme fijado en las formas de ese lugar. Solo me di cuenta cuando tuve que limpiarlo. Es como si al limpiar te convirtieses casi en arquitecto y acabases controlando todo el espacio, todo aquello que antes te resultaba

invisible. Tampoco me hubiese importado volver al tanatorio, pero prefería el aeropuerto. En el tanatorio era todo muy repetitivo, la gente hablaba en voz baja y siempre tenían las mismas caras. Lo máximo que podía pasar era que hubiera algún desmayo, pero que ahora recuerde solo había ocurrido un par de veces. El aeropuerto, en cambio, sí que tenía movimiento. Allí la gente también llora, pero porque se despiden, y a lo mejor no saben cuándo volverán a verse. Hay quien incluso se queda dormido esperando el siguiente vuelo; me resultaba imposible no fijarme en sus bocas abiertas o en cómo se agarraban al equipaje mientras roncaban. Al principio me daba mucho apuro cuando se acercaba algún extranjero a preguntarme algo. Como no sé inglés me quedaba sonriendo sin saber qué responderle. Más adelante me animé a contestar cuatro cosas. Bueno, en realidad solo les decía en inglés que no sabía inglés, pero con eso se contentaban y buscaban a otra persona. Marta sí les daba conversación; como tenía más estudios los entendía y siempre les ayudaba a encontrar la sala de espera, la cafetería o los baños. Pero a ella no le gustaba el aeropuerto, no sabía valorarlo. No se daba cuenta de que en la terminal la gente es más limpia, casi como si nos ayudaran en nuestro trabajo. Todo lo sucios que pueden ser en la calle, allí no. Allí son incapaces de tirar un papel, aunque no haya un cubo de basura en doscientos metros. Creo que como lo ven todo tan blanco y tan reluciente les da apuro, y, además, estando en un sitio cerrado se sienten observados. Lo cierto es que no les mira nadie: cada persona va a su ritmo, apresurada o buscando con concentración la puerta de embarque. En el tanatorio sí se miran unos a otros, se buscan con la mirada. Para intentar reconocer a esa prima segunda que hace tiempo que no ven o para contemplar el dolor ajeno.

Aquel día, el momento del descanso no consistió solo en fumar apresuradamente y comentar el programa de la tele. El interés se centró en mí.

—¿Y qué vas a hacer mañana? —me preguntó Sagrario con esa curiosidad suya tan insana.

No comprendían que no sintiera preocupación por el día siguiente. Ya hacía tiempo que había asumido que cuando mi contrato terminase no volverían a renovarlo. Querían reducir la plantilla deshaciéndose de una de nosotras por cada turno de ocho horas, y me había tocado a mí.

—Tampoco se acaba el mundo. Ella y Carolina son jóvenes. Igual incluso dentro de tres meses vuelven por aquí —le contestó Marta, apurando el cigarro.

—La que lo tiene peor es la de la tarde. La rubia grandota. Que además tiene dos hijos. —Sagrario siempre lo valoraba todo desde el lado del sufrimiento.

Les dije que acudiría a la empresa de trabajo temporal. Como tantas veces. A las que limpiamos siempre nos conseguían algo. Así había llegado hacía cinco años al aeropuerto. No había estado en él desde el viaje de novios, que era la única vez que había cogido un avión, para ir a Canarias. Pero desde que trabajaba allí había visto despegar más de mil.

—En las empresas esas siempre piden muchas cosas para buscarte un trabajo. Que si inglés, otros idiomas o cursillos. Deberías aprender a conducir, que, si no, te pasará como a Sagrario: dependiendo del marido.

—Y a ti qué más te da. Para eso es mi marido. Que me traiga y me recoja.

Pensé que si en el nuevo trabajo no era necesario madrugar sería posible que Juanjo me llevara. Lo ideal sería a media tarde; entonces seguro que me acercaba. Y si era dentro de Madrid mejor, sin salir de la ciudad.

—Pues luego bien que te quejas de que te trae antes y estás media hora esperando.

—Me quejo porque quiero. Y además no es media hora, son veinte minutos.

La atención ya no estaba puesta en mí. Tampoco en el programa de televisión de la noche anterior. Ellas tenían esa capacidad para desviar el tema y acabar discutiendo. Les dije que creía que era más importante tener el carnet de conducir que saber inglés.

—Para nada. Ya te digo yo que con idiomas puedes ir a cualquier lado —soltó Marta, mal apoyada en la pared.

—Pero ella no quiere ir a cualquier lado. Ella quiere trabajar en su país. Y para lo nuestro no hace falta.

—Ah, ¿no? ¿Y si te llaman para trabajar en una embajada, por ejemplo?

—¿Tú te crees que los de la embajada nos dirigen la palabra a nosotras? Que estás tonta.

Se enzarzaron. Marta le reprochó que seguro que a sus hijos sí les haría falta aprender inglés. Sagrario le contestó que no era lo mismo. Sus hijos no se iban a dedicar a fregar escaleras. Para eso trabajaban ella y su marido, para que estudiaran algo. Informática o cualquier otra cosa. Se acabó el descanso, como cualquier otro día, habiendo apurado el cigarro hasta el último minuto.

No le iba a reprochar nada a ese lugar. Ni a sus gentes. No es que hubiera sido un remanso de paz, pero se trabajaba bien, apenas nadie te molestaba y dentro de su rutina se podía hacer hasta entretenido. Si lo pensaba bien, incluso me iba de allí siendo mejor, más lista. La cantidad de lugares que había descubierto que existían... Países a los que no viajaría nunca, pero al menos ahora conocía sus nombres y cómo se escribían. Mánchester. Múnich. Glasgow. Estrasburgo. No po-

día evitar pensar que, en cada una de esas ciudades, en sus aeropuertos, había también otras mujeres como nosotras, pasando sus horas en los pasillos, limpiando, mientras veían los carteles y descubrían Madrid. Mientras la conocían sin conocerla. Estar en una terminal te hacía sentirte más cerca de esos países.

Justo acababan de llegar los que venían de Berlín, el avión que había salido hacía tres horas. A veces tenía la sensación de que viajaba con ellos sin moverme del lugar.